

RÓMULO

En la sociedad que llamamos civil, y también histórica, la leyenda—es cosa sabida—no puede nacer ya; podría nacer y a menudo nace todavía humilde y se arrastra tímida entre el pueblo bajo; caracolillo que tiene los ojos en los cuernos y de pronto los retira entre el hervor de su espumosa baba, apenas con el dedo tieso y sucio de tinta un profesor de historia se los toca. Y cree el profesor de historia que en aquel dedo suyo tieso y sucio de tinta reside la santa verdad y que es un bien hacer retirar los cuernos al caracolillo: ¡Desgraciado! Y más desgraciados los hombres de la posteridad que tendrán minuto por minuto documentados los hechos de los abuelos y de los padres, que acaso, abandonados a la memoria y a la imaginación, poco a poco, como toda cosa lejana,

se hubieran teñido del azul de una cierta poesía.

En adelante, nada de poesía.

* * *

Sin el hermano Remo, sin la loba, sin vuelos de imaginación, he aquí a Rómulo como nos lo hacen conocer los historiadores, como lo he conocido yo, ayer, vivo.

Rómulo: un fundador de ciudad.

Y pensar que, mirando bien sus ojos de lobo, ¡oh, error!, se podía creer con fundamento que una loba lo había amamantado, pequeño, cerca de noventa años ha, y que frente a él un Remo, rival, aunque hermano, había tenido verdaderamente, y si no lo había matado sería porque Remo había decidido, pensándolo bien, morir antes, a tiempo, por sí mismo.

Pero basta. No andéis ahora buscando en las cartas geográficas la ciudad fundada por este Rómulo. No la encontraréis. La encontrará la posteridad, de seguro, dentro de tres o cuatrocientos años y marcada con un circulito un poco grueso de ciudad, acaso capital de provincia, con su pomposo nombre al lado: *Riparo*, y dentro de este circulito cada uno podrá imaginar las bellas cosas que allí habrá, calles, plazas, palacios, iglesias, monumentos,

con el señor gobernador y la señora gobernadora, si es que duran todavía estas sabias jerarquías sociales y si un terremoto antes (con ayuda de Dios que castiga las ambiciones de los hombres) no ha sacudido la ciudad desde sus cimientos; esperamos que no.

Por ahora la ciudad no es nada. Es decir, tanto como nada, no: es más que una aldea; desde ahora es un bello pueblecito, que pronto tendrá dos pequeñas iglesias.

Una, ya la tiene. Pequeña tienda en el principio, aplicada a iglesia por consejo de Rómulo; un solo altarcito dentro, un poquillo tosco, de vieja madera sahumada al tufo cálido del estiércol, una estampa del sagrado corazón de Jesús fijada al muro con clavitos; a lo mejor (es sabido, ¿pero qué importa?) Jesús nos inspira de veras, aquí dentro, su natividad.

Desde leguas de distancia, todos los domingos viene aquí con su mula un sacerdote a decir misa, todo sudoroso y empolvado, en el verano; arropado hasta los ojos y con el paraguas de seda verde, en el invierno, como en las oleografías, y la mula atada por la cabeza a la anilla de junto a la puerta, rociando babas y coceando a causa de las moscas culeras (que aquí en la tierra son la señal de las coces), espera, y, pobre bestia, al fin, no sabe lo que es oficio divino y le parece una cosa muy fastidiosa que dura mil años.

La otra iglesia, la nueva, estará pronto

terminada y será una verdadera hermosura, con campanil y todo, tres altares y el púlpito y la sacristía; todo, en fin; iglesia de verdad, levantada de planta para iglesia, mediante un tanto por cabeza de todos los habitantes del pueblo.

Cuando esto sea ciudad, ninguno de tantos hijos suyos sabrá nada de este Rómulo primer padre de ellos; ni cómo ni por qué ha nacido la ciudad; ni por qué aquí y no en otra parte. Y con toda seguridad les diré yo que he conocido este Rómulo, ayer, viejo de noventa años, enorme, con una cara que debe ser aquella misma que me imagino presentará la tierra, vista desde lo alto de un globo, cuando las montañas comienzan a parecer lo que son verdaderamente, arrugas de la corteza.

* * *

Sobre la tierra, en un lugar cualquiera, no se consigue ya volver a ver esta tierra y este lugar como eran antes de que la ciudad allí estuviese. Borrar la vida es difícil, cuando la vida en un lugar se ha manifestado e impuesto con tanta impedimenta de pesado aspecto, casas, calles, plazas, iglesias.

Allí estaba el desierto, un dichoso desierto. Hombres que como una cinta desenvolvían la vida desde muy lejos, pasaron alargando la

cinta por este desierto: una vereda. Y carros comenzaron poco a poco a pasar, en la soledad, por este camino, y algún hombre a caballo, armado, que volvía en torno los ojos precavidos, del miedo de que se descubría ahora, por primera vez a él solo, la vista de tanta soledad, tan lejana y desconocida para todos. Silencio en torno y abierto bajo la vasta profundidad del cielo.

Cuando, de aquí a cuatrocientos años, timbres de tranvías eléctricos, bocinas de automóviles resuenen y estrepiten entre la confusión de las calles holladas, iluminadas por lámparas de arco voltaico, con reverberos y reflectores de vidrios, de espejos en los portales, en los escaparates de las lujosas tiendas, ¿quién ha de pensar en una lámpara sola, en el cielo, la Luna, que en el silencio y en la soledad miraba desde lo alto la cinta blanca de la vereda en medio del desierto desmesurado, y los grillos y las ranas, que chirriaban y croaban solos? ¿Quién pensará, entre las charlas vanas del café, en las cigarras que, rabiosas entre los segados rastrojos, cortaban con su monótono chirrido el denso aire de los eternos días estivales?

* * *

Carros, hombres a caballo, alguno muy raro a pie, pasaban, y todos sentían un espan-

to embrutecedor, angustioso, que poco a poco se iba haciendo opresión intolerable. ¿Qué era para ellos aquella vereda? Longitud de camino; distancia que recorrer. ¿Quién podía pensar en detenerse allí?

Un hombre; este viejo de ahora. Entonces, en sus treinta años de edad, yendo un día de verano dominado de pensamientos, que lo traían fuera del consorcio con los otros hombres, a buscar en la soledad su dicha, tuvo el valor de detenerse; de detener aquí, en medio de la vereda, la sombra de su cuerpo. Y acaso aquello fué para él el término de su aburrimiento. Pensó quizás que allí muchos como él, al pasar, habrían sentido la necesidad de un poco de reposo, de un poco de alivio y de ayuda. Y diría «aquí».

Miró en derredor para investigar, para observar aquello que antes había mirado con los ojos distraídos del que pasa y no piensa en detenerse; miró con la idea de su presencia allí, no durante un solo momento, sino de una manera estable, y probó a respirar aquella atmósfera entonces desierta, a ver en torno aquellas cosas, como las que deberían ser aire y espectáculo suyos de todos los días, aquí con él y para él. Y con el valor que le nacía dentro para extenderse e imponer en torno su dominio, consideró si la tristeza infinita de fuera, de aquella soledad muda y desnuda, que en aquella estación estaba dispuesto a resistir,

la podría sobrellevar también, no ahora, sino en el invierno, con el cielo airado, con el frío, en los eternos días de las lluvias, cuando la soledad se hiciera más triste y pavorosa.

* * *

Habla por medio de apólogos el viejo; y cuenta que, de pequeño, tenía una hermanita, malucha e inapetente, que hacía penar mucho a su madre para tenerla contenta.

En cierto día, mientras él jugaba enloquecido, la madre lo llamó desde el umbral de la puerta, en que estaba sentada; lo llamó y le dijo que con delicadeza, con precaución, se sorbiese de un huevo que ella tenía en la mano la clara solamente, que estaba a medio cocer; sólo la clara, que a la hermanita malucha e inapetente le repugnaba.

Pues bien; con aquel sorbito que hubiera debido descoronar apenas el huevo, él, en la furia de aquel juego interrumpido, sin quererlo, sin hacerlo a intento, se había echado dentro todo el huevo, clara y yema, todo cuanto tenía, dejando con ojos desencajados por la sorpresa y con el cascarón en la mano, vacío, a la madre y a la hermanita.

* * *

Lo mismo ahora aquí, en la vereda.

Cuando dijo «aquí», no tenía de ningún modo en el pensamiento este pueblecito de hoy, ni la ciudad de mañana. Pensaba en estar solo aquí, al servicio de todos los que pasaban; él solo para ofrecerles auxilios y para encontrarlo él. Pero en aquella primera inspiración suya, surgida allí en medio de la vereda, creía que aquello era únicamente para él, para su asno, para su forja de carretero y de herrador, ambiente para una sola choza de paja que, si la empresa le salía bien, hubiera después convertido en una casita de piedra, y de ningún modo pensó que dentro de aquel ambiente pudiera haber todo este pueblecillo de hoy, ni menos la ciudad de mañana. Nada de esto había en aquella primera inspiración suya. Mas tanta había sido su firme resolución de levantar allí aquella primera choza de paja, que por fuerza otros habían de sentirse atraídos al mismo lugar.

Empero cuando una necesidad que no se ha tenido en cuenta se opone a una ilusión, aquella necesidad nos parece un fraude.

Ahora lo veremos: luego que aquel hombre, desafiando los horrores de la soledad, durante meses y meses, había conseguido hacer que se detuviesen delante de su choza de paja los carros que pasaban, y levantada después poco a poco la casita de piedra, y hecho venir su mujer y sus hijos, había con-

seguido que se sentaran bajo el emparrado los carreteros a beber vino, del que como muestra pendía una botella con una rama de señal en la puerta, y a comer en tosca escudilla campestre las comidas guisadas por la mujer, mientras él atendía a reparar una rueda o un muelle de cualquier carro o a herrar la mula o el caballo; otro hombre había venido a la vereda, un poco más abajo, para levantar enfrente de la suya una nueva casa.

Porque un país (ahora el viejo lo sabe bien y lo puede decir por propia experiencia), un país nace así.

No es nada verdad que los hombres se junten para darse consuelo y ayuda en sus necesidades. Se juntan para hacerse la guerra. Cuando una casa surge en un punto, no se le pone otra casa al lado como una compañera o una buena hermana; de frente se le pone, como una enemiga, a quitarle las vistas y la respiración.

El no tenía el derecho de impedir que otra casa surgiera allí. La tierra sobre la cual surgía no era suya. Pero esta tierra era antes un desierto. ¿Qué vida tenía? La vida que él le había dado. Y la usurpación y el fraude que el otro había venido a cometer, no era de la tierra, sino de la vida que él a esta tierra había dado.

—¡Esto no es tuyo!—podía únicamente decirle el otro.

—Bueno. ¿Pero qué había aquí antes para tí?—podía gritarle él—. ¿Y hubieras tú venido aquí, si antes no hubiera venido yo? ¡Aquí no había nada; y tú vienes de pronto a robarme aquello que yo he puesto aquí!

* * *

Demasiado, en verdad, sin embargo—debía reconocerlo—, demasiado había puesto aquí para uno solo.

Todos los carros que pasaban, a menudo en larga fila, se detenían ahora para él solo; y cien brazos necesitaría tener para atender a tantos. La mujer no se podía tener ya en pie de fatiga; y asimismo él, aquellos dos únicos brazos que Dios le había dado, no se los sentía ya a la tarde de tanto cansancio. Y es que allí había lugar y trabajo no sólo para otro, sino aunque fuese para tres o cuatro más.

El viejo ahora dice que lo hubiera preferido. Sí, hubiera preferido que juntos otros tres o cuatro hubieran venido, y no aquel solo sujeto. Tres o cuatro hubieran sido compañeros y se hubieran dividido el trabajo; y su mujer acaso ahora estaría viva y no hubiera muerto de cansancio. Pero aquel único fué por fuerza enemigo suyo, un enemigo irreconciliable, imposible de aguantar y dispuesto a conquistar, cuchillo en mano, todo lo que pu-

diera de aquella vida que él había hecho nacer allí sobre la vereda, y que era suya. Enfrente de tres o cuatro juntos, él habría bajado los brazos y buscado y establecido con ellos un convenio; y ciertamente habría sido por ellos reconocido y respetado como el principal y como el caudillo. De aquel único le fué a veces preciso defender su vida encarnizadamente, para no dejarle tomar nada sino aquello sólo que no conseguía ya contener en sus brazos. Pero el resultado fué funesto: se le murió su mujer del exceso de fatiga.

—¡Dios!—dice el viejo, de pronto, alzando una mano con el índice recto.

Y deja en sombra los casos y los acontecimientos pasados, cuya causa reconoce en Dios, ya que es obligación de los hombres aceptar aquéllos por muy dolorosos y crueles que puedan parecerles. Los sucesos pasan y vano es recordarlos con protesta ante esta verdad: que la justicia de Dios triunfa siempre.

Rómulo no puede hablar de otro modo. Debe reconocer Rómulo que fué justicia de Dios la muerte de la mujer: que Dios ciertamente lo quiso castigar por su mucha ambición. Porque, al fin, el triunfo de la justicia divina debe Rómulo reconocerlo en sí mismo, puesto que—muerto Remo—casóse en segundas nupcias con la mujer de éste. ¿Y por qué murió Remo? Pues también él por castigo de Dios, por un gran miedo que Dios le infundió;

murió porque comprendió que el hombre contra el cual había venido a ponerse, ahora, destrozado por la muerte de su mujer, habría de descargar seguramente sobre él el furor de su desesperación.

¿Había Dios de permitir que un castigo suyo resultara excesivo y por tanto injusto, dejando que aquel otro hombre se aprovechara de cuanto ahora a él, con la muerte de su mujer, le iba a faltar? El castigo, que era dolor para él, debía ser miedo para el otro, y tanto lo fué, que se murió. Rómulo no dice otra cosa.

Añade, empero, que entonces, en las dos casas enemigas, pobladas las dos de hijos, a los cuales no se les había permitido hasta ahora acercarse los unos a los otros para jugar juntos; en las dos casas enemigas quedaron, aquí un hombre sin mujer, y allá, una mujer sin hombre. Y el uno vestido de negro ve a la otra vestida de negro, y en el corazón del uno y de la otra he aquí que Dios hizo brotar la caridad, una recíproca necesidad de ayuda y de consuelo.

Y así terminó la primera guerra.

* * *

Rómulo balancea la cabeza y sonrío.
Ve en su mente cómo—después de las dos primeras—nacieron las otras casas de este

pueblecillo, cuando los hijos de una y otra parte crecieron, y algunos se casaron entre sí y otros llevaron de lejos, quién la mujer, quién el marido.

¡Ah, una por aquí, otra por allí, cuántas casas! ¡No propiamente enemigas! No. Desunidas, sí. La espalda propiamente no, no se la vuelven; pero la una se vuelve un poco de flanco, la otra de través, como si entre ellas no quisieran verse cara a cara y se diseminasen aquí y allá enfadadas y cada una por su cuenta. En fin, que con el andar de los años, entre ésta y aquélla no surge una tercera en medio, como pacificadora, para reunir las.

—Por esto—dice Rómulo—, las calles antiguas de las pequeñas poblaciones son todas torcidas, y en ellas toda casa desentona.

Por esto, sí. Pero después viene, ¡oh, Rómulo!, la civilización con planos reguladores, que obligan a las casas a estar en línea.

—La guerra alineada—dirás tú.

Sí; pero civilización quiere decir precisamente reconocimiento de este hecho; que el hombre, entre tantos otros instintos, que lo llevan a hacerse la guerra, tiene también aquel que se llama instinto de reunirse en rebaño, por el cual no vive sino con sus semejantes.

—¡Y ahora, en vista de todo esto, piensa tú si puede el hombre ser más feliz!